

UN PROYECTO EDUCATIVO HUMANISTA PARA UNA SOCIEDAD HUMANIZADA EN EL NUEVO MILENIO.

Carmen Aranguren R.

Existen modos diversos de abordar esta temática; sin embargo, en nuestro interés prevalece la idea de indagar el valor de lo humano en la construcción de saberes, en el desarrollo de comportamientos y en la formación de una conciencia éticamente crítica y de un pensamiento creativo y autónomo, procesos medulares en la búsqueda de un proyecto socioeducativo humanista, más allá de lo concebido en dimensión simple y fenoménica.

El siglo precedente se caracterizó por asombrosos descubrimientos relacionados con la biología, la genética, la ecología, la cultura, la epistemología, la informática, logros que a pesar de significar soluciones valiosas a problemas planetarios, no llegan en muchos casos a colectivos deprimidos material y culturalmente, por carecer éstos de posibilidades de acceso

debido a sus condiciones precarias de existencia. Compleja y contradictoria realidad en un mundo marcado por severas desigualdades.

Cuando hablamos de ser humano, de su naturaleza, condiciones y potencialidades, hemos de reconocer que en razón de nuestras propias limitaciones se hace complejo y discrepante penetrar la esencia de lo que él es, siendo innegable que en esta búsqueda se han sacralizado falsas verdades en nombre de posturas arbitrarias. Pero, ¿quién dice o posee la verdad acerca de lo humano? Los desacuerdos en este sentido no surgen sólo de la legitimidad del problema o de las maneras de plantearlo, sino también de los criterios para resolverlo. Propuesta difícil es el saber cómo los humanos entienden y aceptan, en el pensar y en la praxis, su condición primaria. Pero, aún más, una posición espúrea, declara la imposibilidad de acercarnos a esta verdad que es incumbencia nuestra y de todos.

Ahora bien, si el recurso de la crítica, de la investigación, sirve para examinar cualquier afirmación o idea a fin de establecer lo que tiene de verdad o de falsedad, podemos evadir el escepticismo que niega la posibilidad de todo fundamento, la consistencia de todo argumento. En alternativa distinta es factible plantear que hay conocimiento verdadero —no único ni absoluto— y que es posible alcanzarlo en la indagación de lo humano. Por esta vía, el científico transita una presunción inicial: el pensar es un proceso creador, una actividad libre y no simplemente reproductora de la herencia que otros legaron al patrimonio universal. Entonces, el problema del ser humano no es reproducir un mundo acabado y dado. Se trata sobre todo de concientizar la lucha entre lo que no somos y lo que tenemos que llegar a ser; entre las realidades que hemos construido y que se petrifican en el tiempo y la fundación de otros mundos, más conforme con el ser del sujeto todavía no realizado. En la esfera educativa, la reflexión anterior conduce a aceptar por encima de cualquier postulado la condición humana del educando, quien

antes que alumno es fuerza vital humanizada y humanizable, sujeto que no sólo admite socializarse desde fuera, sino que, desde su conciencia reflexionante constituye en libertad su propia subjetividad humana.

Entonces, el conocimiento, la reflexión y el análisis de la condición humana es tan esencial como el conocimiento de una ciencia. Incluso, lo es más, pues sin aquello no puede comprenderse una disciplina. Desde este referente, reconocemos los desaciertos que se producen en el proceso educativo cuando se pretende, por ejemplo, enseñar valores sin estudiar el carácter, la naturaleza humana del sujeto, desconociendo que cualquier teoría, saber, método, tiene en el fondo una idea de lo que es el ser humano, siendo que: *“Lo que constituye a la esencia humana son múltiples principios que han ido apareciendo paulatinamente. La verdad humana es un proceso temporal en el que aparecen determinaciones, categorías, y sobre todo, un proceso en que la libertad se va abriendo paso, lenta, pero firmemente”* (Vásquez, E. 1994: 125). No se crea que nos hemos apartado de nuestro tema, sino que para comprender el sentido del título que da origen a este texto, es necesario ese refluir simultáneo de lo teórico a lo objetivo y de éste a la reflexión epistemológica. Pues bien, plantearse un proyecto educativo humanista para una sociedad humanizada, ha sido anhelo del pasado y del presente, e igualmente, lo será también del futuro; pues, ¿quién no aspira a la humanización social? La diferencia está en la concepción que se tenga de esta idea. Creemos que en ello ha de estar comprometida la pretensión de la educación que habría de cuidar que perdure el oficio de humanista y el valor de su poder en el proceso de humanización, en la preservación de la cultura, en la calidad de los saberes, en la producción de conocimientos, en el cultivo del pensamiento y de la vida interior. F. Savater acepta que, *“aún la peor de las educaciones potencia la humanidad del sujeto... El hombre llega a serlo a través del aprendizaje. Pero ese aprendizaje humanizador tiene un rasgo distintivo que es lo que más cuenta de él... porque lo propio del hombre*

no es tanto el mero aprender como el aprender de otros hombres... Nuestro maestro no es el mundo, las cosas, los sucesos naturales, ni siquiera ese conjunto de técnicas y rituales que llamamos 'cultura' sino la vinculación intersubjetiva con otras conciencias" (Savater, F. 1997: 29-30).

Apartando la idea de naturaleza humana como gnoseología racionalista, según la cual sólo puede haber conocimiento de lo inmutable y eterno, nos adentramos a considerar que este supuesto "humano", en lo concreto, es un ser de etnia, cultura e historia determinadas, siendo necesario, en esta perspectiva, contextualizarlo en una realidad social sometida a permanente cambio.

La educación occidental es una forma de cultura que desestima la esencia cualitativa de la vida humana porque extraña la naturaleza originaria del ser, por lo tanto no se propone la búsqueda de la verdad de lo humano en lo social, en lo cultural, en lo político, en lo académico, en el aprender y el enseñar. El gran tema de la educación es el ejercicio del derecho ético de promover la transformación humana; por lo que no puede ser preocupación esencial definir los contenidos curriculares, la transposición didáctica, el tipo de objetivos, los aspectos procedimentales y actitudinales, pues el fundamento de todo ello es preguntarse qué es el ser humano educando, por qué y para qué del andamiaje pedagógico en relación a la validez histórica de la calidad de vida que propicia esa educación, siendo ésta el sentido de lo humano. La verdadera educación — y un proyecto educativo a futuro debiera considerarlo— no sólo consiste en enseñar a pensar sino en aprender a pensar sobre lo que se piensa y aprender a sentir sobre lo que se siente. De esta manera, la asignatura fundamental de la enseñanza es la humanización. Es decir, hacernos conscientes de la realidad de los seres humanos para incidir en el cambio a través de la práctica social transformadora. Según esto, la educación socializa en el conocimiento de los demás seres humanos cargados de

símbolos, códigos, creencias, concepciones, imágenes, valores, prejuicios; pero, ¿acaso nos hemos detenido a preguntarnos el qué son y qué significado tienen en la praxis educativa? El hecho de educar no necesariamente encierra aproximación a la verdad de la educación, ni tampoco la condición de ser consustancial a la realidad humana y social, dominios éstos constitutivos de cualquier proceso pedagógico subordinado a los fines esenciales de la educación, que no son otros que hacer que los seres humanos tomen conciencia de sí mismos y de los otros, en libertad, pues sin ellos se podría quizá vivir, pero no vivir humanamente. Esta concepción es opuesta a la idea de sujeto fragmentado, postura que privilegia el pensar como ejercicio de la razón y de la razón instrumental. Desde esta perspectiva, la educación es adiestramiento, más no formación para la vida humanizada, por lo que la pedagogía se reduce entonces a un conjunto de reglas de enseñanza, al cómo enseñar a aprender cierto contenido. Aquí es oportuna la reflexión ontológica y científica de la tesis de hombre como ser biopsicosocial, cuya génesis conceptual bien cabría en la visión disociada del paradigma educativo tradicional. Conjuntamente, este modelo ha relegado y hasta excluido los procesos que se identifican con lo humano y subjetivo, sustituyéndolos por la despersonalización y las formalidades. Vemos entonces, como el Hombre (ser humano) del Humanismo es negado en los paradigmas hegemónicos de la educación, donde se pone el acento en conocer la realidad empírica, las propiedades de los objetos naturales, las causas de los fenómenos sociales, sin plantear la enorme importancia que los saberes encontrados tienen para lo que decidimos hacer en y con nuestras vidas. Ello se inscribe en un pensamiento simplista y unilineal sustentado en principios atemporales, que a la vez supone la separación entre sujeto y objeto, entre presente y pasado, entre el aprender y el enseñar rutinarios y el aprender y el enseñar humanizador. Cabe acotar nuevamente un comentario del autor anteriormente mencionado, cuando en reflexión excepcional alude a la vida de Robinson Crusoe en la isla solitaria después del naufragio "Mientras está

solo, Robinson se enfrenta a cuestiones técnicas, mecánicas, higiénicas, incluso científicas: De lo que se trata es de salvar la vida en un medio hostil y desconocido. Pero cuando encuentra la huella de Viernes en la arena de la playa empiezan sus problemas éticos. Ya no se trata solamente de sobrevivir, como una fiera o como una alcachofa, perdido en la naturaleza; ahora tiene que empezar a vivir humanamente, es decir, con otros o contra otros hombres, pero entre hombres” (Savater, F. 1998: 125).

Quizás el reconocimiento de que lo humano nos identifica y nos diferencia pudiera humanizar el mundo y particularmente, la educación. Ese verse en el otro semejante o distinto, pero, en cierta manera también dentro de él; aceptar que formo parte de su identidad humana es tener conciencia a la vez de mi humanidad. *“ Soy humano – dijo en la antigüedad un poeta - y nada de lo que es humano me es ajeno”*. En el ámbito educativo, es éste uno de los espacios más significativos para comprender el pensamiento y el comportamiento del sujeto que se educa, sea el alumno, sea el docente.

El proceso de enseñar y aprender de y con nuestros semejantes es esencial para fundar nuestra humanidad, más que cualquiera de los saberes que se potencian o perpetúan en la educación. *“La principal asignatura que se enseñan los hombres unos a otros es en qué consiste ser hombre, y esa materia, por muchas que sean sus restantes deficiencias, la conocen mejor los humanos mismos... Cualquier pedagogía que proviniese de una fuente distinta nos privaría de la lección esencial, la de ver la vida y las cosas con ojos humanos”*. (Savater, F. 1997: 33-34).

Así, entonces, ejemplificando lo concreto, por más que se enseñen en la Escuela los valores, ahora concebidos en ejes transversales, esa enseñanza no soportada en la transformación humana, es simple reconocimiento de esquemas y necesi-

dades curriculares, más no una fuerza que incida, penetre y se apropie del proceso concientizador en visión humanista; por eso, los estudiantes salen del aula a platicar otros temas que en la intimidad de su ser les interesan, y a practicar otros valores de convicción en su vida real, auténtica, cotidiana, excluidos por cierto, de los pensa de estudio y de la condición social del conocimiento.

BIBLIOGRAFÍA

ARANGUREN, Carmen (1997) *“Investigación y Producción de Nuevos conocimientos en Humanidades”*. **Memoria del Taller sobre Políticas de Investigación en la Facultad de Humanidades y Educación**. Universidad de los Andes. Mérida – Venezuela.

GUYOT, V; NEME, A (1997) *“Filosofía y Cambio Educativo”*. En: **Alternativas**. Revista del Laboratorio de Alternativas Educativas. Universidad Nacional de San Luis. Argentina.

MORENO, Alejandro. (1993) **El Aro y la Trama**. Episteme, modernidad y pueblo (cap. 8) *“En busca de la relación ausente”*. Caracas. Centro de Investigaciones Populares.

SAVATER, Fernando (1997), **El valor de educar**. Barcelona. Editorial Ariel.

_____ (1998) **Ética para Amador**. (21 reimpresión). Santafé de Bogotá. Planeta Colombiana Editorial S. A.

VASQUEZ, Eduardo (1994) **Filosofía de la Educación**. Mérida – Venezuela. Universidad de los Andes. Consejo de Publicaciones.

